

DE BUENAS LETRAS

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC

De la Academia de Buenas Letras de Granada

Un papel y un espejo

Cuando visito el museo Thyssen, mientras recorro sus salas me pregunto, con cierta impaciencia, qué nueva ficción me voy a encontrar dentro de 'Habitación de hotel' (1931), del pintor norteamericano E. Hopper (1882-1967). Obviamente el cuadro es siempre el mismo. Una mujer semidesnuda, sentada en la cama, mira con atención una cuartilla que sostiene en las manos. A su lado, en el suelo, aparecen dos maletas cerradas. El vestido descansa sobre un sillón verde y el sombrero está colgado en una cómoda. No sabemos si ella ha llegado al hotel o si va emprender un viaje, como también desconocemos si está leyendo o solo contempla ese papel que puede estar escrito o en blanco. Puede que la mujer mantenga los ojos cerrados con actitud pensativa. ¿Llora o sonríe? Si llora, con qué lágrimas; y si sonríe, a qué se debe. Podríamos seguir con las suposiciones. Cada una abre un camino distinto que lleva a territorios desconocidos.

Aunque Hopper no era amigo de resaltar los pormenores, a veces encontramos un determinado gesto, un detalle que convierte cada lienzo suyo en el plano de una película invisible que sólo se proyecta dentro de nosotros mismos. Son ventanas deliberadamente indiscretas y el espectador un 'voyeur' privilegiado, capaz de descubrir la soledad de unos personajes poseídos por la inco-

municación y por algo muy contemporáneo: el tedio, el abandono y el cansancio interior. Unos seres ensimismados en el reposo y el vacío, bajo el sopor de una luz dura y cegadora o dentro de la intimidad fantasmal de la penumbra.

Si quitáramos la cuartilla de las manos de esta mujer, el cuadro sería otro, se cerraría sobre sí mismo y hasta se agotaría, sin dejar lugar a las fabulaciones. Ocurriría lo mismo que si, de la pared del fondo de 'Las meninas', descolgáramos el espejo que refleja las imágenes difuminadas de Felipe IV y Mariana de Austria. Se desvanecería de inmediato la sutil lujuria de las miradas, la que hace del lienzo un reflejo de otro reflejo, un objeto sublime. Belleza y misterio, transparencia y verdad. Desaparecería la mirada concienzuda de Velázquez ejerciendo su oficio y dejaría de tener sentido el adusto gesto de la enana Maribárbola observando descaradamente a los monarcas de una España alucinada, e inquietando al visitante del Prado a lo largo de los siglos.

Un simple trozo de papel y un espejo nos convierten, respectivamente, en curiosos impertinentes que tejen en silencio sus propias incertidumbres; o en alguien que encarna, por unos minutos, la soledad de un rey abúlico y triste, contemplando una escena familiar detenida en el tiempo.